

LA RUTA DE LOS ETERNOS

EL REINO DE LOS MIL NOMBRES II

La trilogía que te llevará al centro de la Tierra



MÓNICA MARTÍN MANSO

En su lecho de muerte, Salvatore Minako encarga a su nieta que lleve un misterioso cofre, con una imagen y una inscripción escrita en una extraña lengua, a Theodore Langford, un hombre que reside en el Reino de Irlanda. Nekara Minako se ve obligada a cruzar la Gran Bretaña de mediados del siglo XVIII para cumplir la última voluntad de su abuelo. La travesía se vuelve un camino duro y arduo que le revelará quién es realmente y de qué legendaria civilización desciende, adoctrinándola en las Siete Virtudes (Humildad, Generosidad, Castidad, Paciencia, Templanza, Caridad y Diligencia), para que pueda acometer su grandioso destino; liberar a su pueblo de la sangrienta invasión y la dramática era negra en que lo ha sumido la Hermandad Oscura, el ejército al mando de los Demontres y sus cincuenta legiones de quebrantahuesos. Al mismo tiempo, en Liverpool, el Círculo de Annón, una logia heredera de la Orden Rosacruz, formada por siete acaudalados hombres de la aristocracia inglesa, tras años de investigación y expediciones, planea en ir en busca de la inmortalidad a Agartha, el supuesto reino que cree que hay en el interior de la Tierra

«La Ruta de los Eternos» es la esperada continuación de «El Legado de los Venerables». Una obra tejida de misterio, leyenda y fantasía épica que descubrirá el mito de las civilizaciones y continentes perdidos de una manera que nunca hubiéramos imaginado. Lemuria, la Atlántida, Hiperbórea, la Isla de las 25 Tribus y mucho más.

A mi padre, Teodoro Martín,
de quien me permití tomar prestado el
nombre
para el personaje de Theodore Langford.
Por ser la persona que mejor encarna la
tenacidad,
la fortaleza, el espíritu de lucha
y la imbatibilidad que lo acompañaron a lo
largo de su vida.
Nunca te olvidaré.
Siempre estarás en mi corazón.

CAPÍTULO 1

«A los demonios no hay que creerles ni cuando dicen la verdad».

(Gabriel García Márquez).

Apenas se intuía algo de luz. Una tímida claridad escarlata que se filtraba por los enormes ventanales. La oscuridad había tomado posesión de cada rincón con sus largas y espesas lenguas negras. Belial atravesó la Sala del Trono a grandes zancadas. La capa de cuero color burdeos ondeaba a su espalda con cada paso mientras sus botas golpeaban contra el suelo; exigiéndolo, castigándolo. Su repiqueo firme y, por momentos, devastador, arrojaba en la estancia un sonido tajante.

—¿Me creéis ahora? —dijo en tono visiblemente irritado. De pronto se dio la vuelta con un giro violento—. ¿O seguís pensando que el Advenimiento de Káraja es solo producto de mi imaginación? ¡Y esta vez no me pidas que trate de calmarme! —le bufó a Alastor—. Trae a Sirgan —ordenó malhumorado al *oriente* que permanecía esperando instrucciones al fondo de la sala.

—No sirve de nada perder los nervios —dijo Alastor cuando el criado cerró la puerta tras de sí.

—La nieta del Venerable Rudra Chakrin, el último Rey de la Verdad de Agarthá, viene a reclamar lo que le pertenece —recalcó enfurecido Belial.

—Es solo una chiquilla —dijo desatinadamente Levia-tán, intentando quitar hierro al asunto.

El Demontre lo fulminó con su mirada, cristalina como el agua.

—Es una Dharmaraja —recalcó Belial apretando los dientes.

En ese momento tocaron a la puerta.

—Adelante —dijo Alastor.

El contorno escueto y encorvado de la silueta de Sirgan tomó forma entre los retales de oscuridad que invadían la sala. Avanzó hasta Belial con pasos cautelosos.

—¿Me ha mandado llamar, eminentísimo señor? —preguntó en su característica entonación rasposa. Levantó la cabeza después de una inclinación y lanzó vistazos fugaces a cada uno de los Demontres.

—Káraja viene a Agatha —espetó Belial sin reparar en preámbulos—. Tus malos augurios se han cumplido.

Los rasgos puntiagudos del viejo sabio se contrajeron en una mueca de aprensión.

—Pero... ¿cómo?, ¿cuándo? —balbució.

—¿No es lo que está escrito en el *Bukko Ayatt*, el Libro de las Revelaciones? —inquirió Belial—. ¿No es lo que está escrito en la antífona décimo octava?

—Sí, eminentísimo señor, pero...

El rostro de ratón de Sirgan reflejaba inquietud. Belial chasqueó la lengua, presa de una incipiente desesperación.

—Mishä, Samnos y Erddogán han ido a buscarla.

—¿A buscarla? ¿Al Viejo Mundo? —Sirgan dirigió su mirada de ojillos negros a Asrael, el Demontre que acababa de hablar.

—¿Adónde sino? —soltó Belial. Se acercó a una de las ventanas y recorrió con los dedos largos y elegantes las pesadas cortinas de terciopelo. Su vista se clavó en un punto impreciso del horizonte—. Las Guardianas de la Madre Tierra les abrieron un portal del tiempo en la Cueva del

Diablo, en las Cataratas de los Dioses Caídos, en Arthania —aclaró.

—Entiendo... —dijo Sirgan, sin dar aún crédito. Como bien había dicho Belial, sus peores augurios comenzaban a cobrar vida—. Entonces, el Advenimiento de Káraja es un hecho... —susurró como ausente, poniendo voz a sus pensamientos.

—No les resultará tan fácil —dijo Belial con contundencia, e insinuó una sonrisa maliciosa en los labios—. El camino hasta Agartha es... largo. Son muchos los peligros que se esconden entre las sombras de la Ruta de los Eternos.

Una duda asaltó a Sirgan.

—¿E Hilarious Würns? ¿No ha ido con ellos? —preguntó.

—No. —Belial negó de espaldas con un ademán de la cabeza.

—Que extraño... Siempre han estado muy unidos. Los capitanes de los regimientos de Agartha tenían una relación que iba más allá de ser simples compañeros de batalla. Eran amigos.

Belial se giró lentamente con una expresión ladina en el rostro. Su astuta mirada vagó por la Sala del Trono hasta posarse en el anciano.

—¿Te olvidas que apoyó el destierro del Venerable Rudra Chakrin? —le dijo malintencionadamente—. El capitán del Regimiento de Tierra fue un traidor, como tú.

—Belial... —lo amonestó Leviatán.

Un silencio ominoso gravitó por la estancia. Sirgan carraspeó, ciertamente incómodo. Aquellas criaturas se volvían cada día más siniestras a sus ojos.

—Él tiene que saber algo —dijo.

—¿Crees que los Caballeros de la Insigne Orden de los Venerables acogerían en sus filas a un traidor? —insistió Belial. Había una nota de sarcasmo en sus palabras.

—Como acabo de decir, los capitanes compartían una fuerte amistad. Eran más que compañeros y, además,... un error lo tiene cualquiera —dijo Sirgan, bajando los ojos.

Belial apartó la mirada de él con un gesto desdeñoso.

—Seguro que Hilarious sabe algo —afirmó convencido el viejo sabio.

Alastor lo miró con una expresión contenida.

—¿Qué te hace pensar que Hilarious puede estar al tanto de lo que planean? —sondeó Leviatán.

—La Insigne Orden de los Venerables defiende la lealtad y la hermandad entre los caballeros del Anillo de Bronce y, por supuesto, entre los caballeros del Brazalete de Plata —respondió solemne Sirgan—. Más allá de la innegable amistad que naciera entre Mishä, Sammos, Erddogán e Hilarious, hay un compromiso al que se deben.

—¿Después de tantos plenilunios le siguen siendo fiel a un juramento? —preguntó Asrael.

—El valor y la lealtad son dos cualidades innatas y grabadas a fuego en los Caballeros de la Insigne Orden de los Venerables, y que mantienen hasta la muerte. Juran vivir y morir por el rey, por Agartha y por quienes integran la propia Orden.

—Admirable —se jactó Asrael con burla y una sonora carcajada.

—Probablemente a él también lo han buscado —afirmó Sirgan.

—¿Y por qué no ha ido con ellos? —habló Leviatán.

—Quizá esté muerto —apuntó Belial con voz gélida. La idea de pronto le atraía, sin duda—. La Hermandad Oscura hemos puesto especial empeño en que los excapitanes de los regimientos de Agartha no tengan una vida digna aquí.

—Si sus eminentísimos señores me lo permiten —dijo el viejo sabio con fingida humildad—, les aconsejo que lo busquen. Allá donde quiera que esté, encuéntrenlo. Si no ha muerto, tiene que estar al tanto de lo que se traen entre manos los que un día fueron sus compañeros.

No tardaron más de una hora en localizar a Hilarious en el Abismo de los Justos, emplazado en los suburbios de los Barrios del Oeste. La noche se cernía sobre Shambhala como un espectro.

Belial lanzó una mirada desdeñosa a un lado y a otro cuando cruzó el umbral de la casona, sepultada en la espesa vegetación del fondo del precipicio. La maraña de árboles que habían crecido en el interior siseaba a su alrededor como un enjambre.

—Es... —comenzó a decir Asrael, mientras sorteaba la telaraña de raíces que se tendía en el suelo.

—Perfecto —cortó Belial—. Digno del capitán del Regimiento de Tierra de Agartha —añadió irónicamente.

Un pequeño charco a sus pies reflejó la burla que había perfilada en sus labios. La imagen se desvaneció en una decena de ondas al hundir la suela de la bota en el agua. Al final del pasillo, unas ramas se balanceaban mecidas por el viento como dedos huesudos. Alastor y Leviatán encabezaron la macabra marcha a través del caótico enredo de salas y corredores de la primera planta. Sus imponentes bellezas sobrenaturales se acentuaban con el resplandor cobrizo que irrumpía por las ventanas sin cristales.

—Vaya, vaya... Mirad a quién tenemos aquí —dijo Leviatán, acercándose al bulto envuelto en andrajos que descansaba al otro lado de la habitación. Arrugó la nariz al olor agrio y pestilente que exhalaban los numerosos charcos de orín y heces.

Sin embargo, no se movió al sonido de su voz grave. El Demontre siguió andando, se detuvo a escasos quince centímetros de él y lo tocó con la punta del pie. El cuerpo de Hilarious se dio la vuelta y quedó boca arriba, inerte.

—No me digas que está muerto —dijo Belial con un viso de decepción en el tono.

Leviatán se agachó al lado del capitán del Regimiento de Tierra y le tomó el pulso en la base del cuello.

—No. Está vivo —dijo con desgana.

Se irguió en toda su estatura y lo zarandeó de un lado a otro con la bota. Hilarious se despertó lentamente, como si despertara de un sueño muy profundo. Pestañeó un par de veces seguidas y paseó fugazmente la mirada por los cuatro Demontres. Los ojos azules se abrieron de golpe en una mirada de horror. Las pupilas, negras y extremadamente dilatadas, se llenaron de un miedo visceral e inhumano. Como pudo, se arrastró hasta el rincón y se pegó a la pared, aterrorizado.

—¡Fuera! —gritó, protegiéndose la cabeza con las manos—. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!

—¿Es en este mausoleo dónde vives, Hilarious? —le preguntó Belial lacónicamente, al tiempo que avanzaba de forma siniestra hacia él—. ¿O es dónde mueres? —Lanzó una patada al viejo orinal oxidado, que se estrepitó contra la pared con un ruido escandaloso.

—¿En qué te has convertido, Hilarious Würns? —habló Asrael. Sus rasgos suaves de aspecto aniñado se tornaron ladinos; sagaces como los de un depredador hambriento. Mientras se acercaba a él, perezosamente, la melena rubia ondeaba a ambos lados del rostro igual que una larga capa dorada.

—Dejadme... Dejadme en paz... —susurraba Hilarious casi entre sollozos—. Dejadme en paz...

La silueta de Alastor emergió de la penumbra como la figura macabra de un ángel de la muerte.

—Lloriquea como un niño pequeño —comentó con acritud.

Los cuatro Demontres parecían complacidos con la imagen dantesca que se proyectaba ante sus ojos. El capitán del Regimiento de Tierra, olvidado y abandonado a su suerte en aquella especie de tumba gigante, se había convertido, sin lugar a dudas, en su mejor obra. Un dechado

de ruinas, despojos y culpabilidad que lo devoraba cada día como ácido sulfúrico.

—¿Dónde han ido Erddogán, Sammos y Mishä? —le dijo Leviatán sin cortesías. Hilarious ignoró la pregunta. Había vuelto a sumergirse en su particular mundo de sombras—. Han ido al Viejo Mundo a buscar a Káraja para traerla a Agartha, ¿verdad? —insistió. Pero el capitán del Regimiento de Tierra se mantuvo impasible.

Leviatán se movió como una exhalación. Con un movimiento desconcertante. Tan rápido y preciso que fue imperceptible, hasta que su mano de uñas afiladas se cerró alrededor del cuello de Hilarious Wiims y lo levantó del suelo casi en vilo.

—¡Responde! —le gritó. Se puso rígido, como una serpiente a punto de atacar a su víctima—. Han ido a buscar a Káraja, ¿verdad? —Los ojos grises y siempre astutos de Leviatán estaban enmarcados en una expresión de fiereza.

El capitán del Regimiento de Tierra apenas se debatía en la garra del Demontre. Solo levantó lentamente la mirada para encarar su rostro y esbozó una ligera sonrisa sin alzar siquiera la comisura de los labios. Leviatán apretó más la mano ante la mueca insolente de Hilarious.

—No le hagas el favor —intervino Belial—. Los demonios con los que combate cada día son peores que nosotros —subrayó—. Mucho peores que nosotros. Se está dejando morir...

Leviatán lanzó un fuerte bufido entre dientes; Belial tenía razón. Abrió la mano de golpe e Hilarious cayó con indolencia sobre el suelo, en el hueco que había entre la pared y las largas piernas del Demontre.

—Está muerto en vida —masculló Alastor con repulsión en las palabras—. La Gran Dama de Negro no tardará mucho en encontrarlo y liberarlo de su interminable sufrimiento.

—No queda absolutamente nada del capitán del Regimiento de Tierra —añadió Asrael satisfecho—. Nada.

—Demonios... demonios... demonios... —susurró Hilarious—. Habéis traído la desgracia y el infortunio a Agartha —dijo, aunque la mirada no se dirigía a ellos—. Las tinieblas cierran el cielo y cubren el reino con su oscuridad. Pero ella traerá la luz de nuevo. Káraja...

La bota de Leviatán se hundió con fuerza en su estómago. Hilarious se retorció sobre sí mismo con una mueca de dolor en el rostro ceniciento.

—Cállate —le dijo—. ¿Crees que vamos a permitir que Káraja llegue hasta aquí? —Soltó una ligera carcajada y sus ojos grises asumieron una frialdad que helaba la sangre—. La nieta del Venerable Rudra Chakrin jamás pondrá un pie en Agartha. No, mientras la Hermandad Oscura pueda impedirlo.

Hilarious tuvo un fuerte acceso de tos. Se giró contra el suelo para tratar de aliviarlo.

—Ojalá te ahogues en tu propia bilis —apuntó Asrael con crueldad—. Sería un espectáculo maravilloso.

—Estás acabado Hilarious Würns, tan acabado como Agartha —afirmó Belial—. No hay nada que salvar en ti ni en el reino que un día defendiste.

Los ojos azules del capitán del regimiento de Tierra se anegaron de lágrimas mientras una sucesión de espasmos sacudían violentamente su cuerpo anémico. Hasta sus oídos llegó el sonido firme y cadencioso de los pasos de los cuatro Demontres alejándose por la alfombra de inmundicia que tapizaba el suelo. Miró de reojo y, entre los rubios mechones empapados de sudor, alcanzó a ver como sus imponentes figuras se desvanecían hasta hacerse una con las sombras que supuraba el corredor, seguidos de cerca de una espesa nube de humo negro, que reptaba sinuosa y serpenteante detrás de ellos con voluntad propia.

Llevó la mirada al techo, reclamado por el resplandor rojizo que dibujaba cuchillas sobre la superficie. Por la claraboya que se abría en la cubierta, la Luna Nueva mostraba su cara color escarlata. Hilarious frunció el ceño y se incor-

poró ligeramente sobre sí mismo. Estiró el cuello y trató de ver también la Luna Negra.

—No puede ser... —musitó para sí con voz pastosa. Frunció aún más el ceño—. La Tétrada de las Lunas de Sangre... —El miedo se anudó en su estómago. Tragó saliva.

Los Demontres ascendieron por el estrecho sendero que zigzagueaba adosado a la empinada pared del Abismo de los Justos y enfilaron el camino de cantos rodados que salía a la izquierda en dirección al Palacio de Cristal. El silencio se cernía sobre la Ciudad de los Mil Nombres bajo un manto irrespirable.

—¿Recordáis cuándo aparecieron por última vez las Lunas de Sangre? —preguntó Alastor, aunque conocía la respuesta.

—En nuestra batalla, en la Batalla de los Demontres —respondió Belial con presteza—. La batalla que nos permitió conquistar Agartha y la Ciudad de los Mil Nombres.

—¿Qué acontecimiento tendrá lugar esta vez? —dijo Alastor, señalando con la cabeza hacia el cielo.

—Uno en el que se derramarán ríos de sangre —apuntó Belial.

Asrael alzó la mirada y durante un minuto contempló las lunas que flotaban sobre sus cabezas como grandes medallones escarlata.

—El color es excitante —comentó.

—Rojo, como la sangre que siempre anuncian —aseveró Belial con gravedad.

—Denme algo, por caridad —interrumpió una mujer vestida con un montón de harapos llenos de suciedad. La mano, cubierta de mugre, se extendía temblorosa hacia Leviatán.

La mendiga abrió los ojillos verdes de par en par y las pupilas se dilataron de golpe cuando advirtió que se trata-

ba de los Demontres. El rostro se veló en una máscara mezcla de horror e incredulidad.

—Lo siento —dijo, presa de un miedo inhumano, al tiempo que retrocedía un paso—. Disculp... —La palabra se ahogó en la boca con un balbuceo escalofriante. La mano de Leviatán se cerró alrededor de su garganta hasta el punto de estrangularla. Con un movimiento rápido torció la muñeca y le rompió el cuello. El cuerpo inerte de la mujer cayó a sus pies con un golpe seco. La cabeza trazaba en el suelo un ángulo imposible.

—Cada día detesto más a estos agarthianos —se excusó, limpiándose la mano con un pañuelo blanco.

—No eres el único —señaló Belial en tono hastiado.

—Organiza con el Escuadrón de la Muerte una Noche de las Cadenas —dijo Leviatán—. Necesito acabar con unos cuantos de ellos.

Belial blandió en los labios una de aquellas sonrisas sesgadas suyas. La dentadura, blanca y uniforme, destelló en la oscuridad como la de un lobo.

CAPÍTULO 2

«La fuerza no proviene de la capacidad física sino de una voluntad indomable».

(Mahatma Gandhi).

El negro aterciopelado de la noche se abría en suaves claros, dibujando arañazos de un tono azul pálido en el cielo. Cada día la jornada empezaba antes y cada día los entrenamientos se recrudecían. La ciudad de *Shonshe* estaba cerca y, una vez que accedieran a la Ruta de los Eternos, no habría marcha atrás ni tiempo para algo distinto que no fuera salir con vida de ella.

Los ojos de Nekara destellaron un brillo especial cuando se giró, mientras el sudor le perlaba la frente por el sobreesfuerzo. Sus movimientos eran rápidos y de una precisión extraordinaria recortados contra las primeras luces del alba, y los golpes, fuertes y veloces, habían conseguido derribar la avenida de espantapájaros que Erddogán había preparado para los ejercicios de la mañana.

A continuación, cogió un *nunchaku* —como se decía en japonés— en cada mano, y comenzó a moverlos acrobáticamente en círculos y de un lado a otro a una velocidad asombrosa, como si fueran un apéndice de sus brazos. Aquellos palos cortos, unidos por una cadena y de nombre oportuno, le encantaban desde que Mishä le había enseñado a manejarlos. Era un arma sutil y engañosa que, sin embargo, bien utilizada, podía fracturar manos, piernas, costi-

llas y hasta el cráneo. Giró sobre sí misma una vez más y lanzó una patada al aire.

—¿Veis cómo lucha? —preguntó Sammos, evaluando sus movimientos—. Lo lleva en la sangre. Es como si hubiera estado entrenando desde pequeña. Tiene un talento envidiable para el combate. —La voz del capitán del Regimiento de Aire era de absoluta admiración.

La silueta de Nekara se recortaba negra contra el naranja intenso que supuraba la aurora y que llenaba el horizonte. El sol, oculto por su cuerpo grácil mientras hacía danzar los *nunchakus*, destellaba un aura amarillo alrededor de su figura como si fuera una diosa. La imagen era sublime y conmovedora.

—Lucha con pasión. Pone el corazón en ello, como los grandes guerreros —dijo Mishä—. Es su herencia Dharmaraja.

—Es más que eso... —apuntó Erddogán, dilatando los labios en una media sonrisa—. Es mucho más que eso...

Los capitanes intercambiaron miradas cautelosas en las que descansaba una opinión compartida. Era más, mucho más... Después de casi un mes y medio, durante el cual habían atravesado media Europa y parte de Asia en dirección al Tibet, Nekara había adquirido una destreza en la lucha digna del guerrero más avezado. Sería implacable. Al principio, compensaba la inexperiencia con una pasión y una fuerza de voluntad férrea. Después, la maestría con que su cuerpo respondía fue tomando protagonismo a una velocidad de vértigo. Bien era cierto que el entrenamiento que estaba recibiendo era duro y extenuante la mayoría de las veces, incluso cruel con mucha frecuencia, pero había que forjarla como guerrera. Nekara combatía con una habilidad que iba más allá del talento natural que pudiera tener y en apenas unos días, pasó de golpear al aire a golpear espartapájaros y pesados sacos de arena en constante movimiento.